

# GENIOS Y PERGENIOS

por Carlos Franz

## Adiós, Poeta...

Jorge Edwards

Lusquets, Santiago, 1990  
222 páginas, con fotografías



“La figura pública de Neruda, excesiva para nuestro medio, produce reacciones de una susceptibilidad extrema...”, comenta Edwards. Una manera elegante de aludir a la envidia porroquel con que recibimos al ésto en estos confines. Preferimos honrar la fatalidad, los destinos acibillados en la cubierta de un monitor peruano. Nos cuesta admitir a los ganadores.

El propio Edwards, desde la reciente aparición de su *Adiós, Poeta...*, ha experimentado otras reacciones de esa “susceptibilidad extrema”. A los 60 años, el prestigio de su obra en el exterior, su independencia intelectual, sus viajes y hasta su manera de vestir suscitan insolentes para algunos. Sospecho que ahora el uso desecialado de su primera persona en este libro, esa yo que dialoga de tú a vos con Neruda, Aragon, Paz, Fidal, será recibido con anticaria en ciertas células del cuerpo social donde se acostumbró escurriarse en el “nosotros” al dar una opinión y apoyarse tratando de usted a los grandes.

Hay una notoria pergenalidad (de pergenio) que el ser nacional cultiva tanto como el diminutivo, y que no perdona este tipo de cosas. Dicer que Gabriela Mistral se resistía a volverse a Chile, “porque allá acabaré convirtiéndome en la Gabi”. Neruda, según Edwards, sudaba frío cuando intuía que un connacional podía volver al país “pelándolo” porque tenía gustos caros. Nos debatimos entre la falta de respeto y la tontería grave. Esa misma pesantez intelectual que hoy reconoce, en privado, el sumo placer que da la lectura de *Adiós, Poeta...*, su poder de diversión, de entrelación (peñerosas palabras), y pone peros en público: se ha mostrado el gran poeta

en calzoncillos; peor, se lo ha usado de pretexto para comentarios personales y mandamientos. ¡Privacidad! ¡A la hoguera! Cuando desde la *Vida del Dr. Johnson*, de Boswell -probablemente el paradigma de memoria literaria, con la que este libro guarda un notable paralelo- sabemos que la fascinación de esa clase de recuerdos reside tanto en su concentrado de intimidad como en la ocasión que dan para las digresiones mundanas; es decir para conocer el mundo, más que un currículum.

Dos descripciones se han dado del nuevo libro de Edwards. Serían unas memorias nerudianas, sobre un período de la vida del Poeta, maduro, en la cima. O serían unas memorias edwardsianas, sobre el propio autor, su evolución personal y literaria. Desde ambas perspectivas se han esbozado críticas, señalamientos, insidencias, como se usa en nuestro medio, más implícita que abiertamente. Ambas descripciones me parecen inexactas. Le pido al libro lo que éste no ofrece. Elude el punto de partida natural: la pregunta sobre el porqué de su tremenda eficacia, de su poder de encantamiento sobre el lector.

Visto como memoria sobre Neruda la primera lectura, la obvia, el libro ofrece un fianco débil para los críticos. Abunda en detalles, en paños menores, y se salta momentos simáticos. El instante de la concesión del Premio Nobel, por ejemplo, ya magistralmente rememorado por Edwards en *Persona Non Grata*, podría haberse desarrollado y profundizado aquí, supongo. En su lugar, cómo al Poeta confesando en un susurro: “Mientras más viejo, más

caliente me pongo”; resulta humanísimo, incluso esperanzador. Pero me temo que algún purista, un académico o alguna militante reprochará que haya habido lugar para esa cita en un libro donde no se recoge ninguno de los innumerables discursos oficiales nerudianos, ni se trae a colección, siquiera a pie de página, a alguna de las autoridades críticas que han clavado bandera en su feudo poético.

Lo que pasa es que *Adiós, Poeta...*, creo yo, no es un texto sobre Neruda, sino a propósito de él. Y tampoco se trata, estrictamente, de unas memorias personales de Jorge Edwards. Para ello le faltan la confesión, la introspección. Si fuera pintura, *Adiós, Poeta...* no sería retrato ni autorretrato, sería un fresco. Uno atigarrado, promiscuo, donde aparecen como 640 personajes (conforme al índice onomástico), de a dos por página, en un cálculo sencillo.

Constancia de épocas, atmósferas, ambientes, antes que la biografía de un superstar literario, *Adiós, Poeta...* es el panorama de un linaje con más asteroides y cometas que astros fijos. De hecho, me parece que el libro se juega por el rescate de los pequeños anónimos y los detalles significativos que hacen un ambiente y que suelen ser las víctimas favoritas de un olvido seguro, antes que por las famas que rehenda. Son justamente esos detalles, los poemas chicos, las comparsas, esas musas “exóticas”, los bares de paso y las conversaciones barales, los que dan al libro su eficacia. Sólo los reporteros y los snobs creen que la cultura la secretan los grandes genios; ellos no son más que la gota que rebasa un vaso lleno. *Adiós, Poeta...* nos recuerda que incluso un genio lo es a ratos, intempestivamente, casi por excepción, y que el resto del tiempo lo pasa comiendo, charlando sin fin ni son, cometiendo adulterio o coleccionando objetos inútiles. Como los demás.

Y en eso reside la verdad y el valor imprescindible de *Adiós, Poeta...* Con estos recuerdos, Edwards contribuye a renovar un género necesario para el encantamiento de un leído cultural cuya existencia sólo notamos cuando nos falta; cuando e-

**AUTORÍA**

Franz, Carlos

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1991

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Genios y pergenios [artículo] Carlos Franz. il.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile